

que acendra el abstenerse y oculta la tristeza ;
allá desde las cruces levantan la cabeza
los mártires heridos — sedientos gladiadores
que secan con sus bocas el mar de los dolores. —
El impasible Kosmos de vuestra fantasía
perdió tal vez su eurytmia, su Olimpo, su alegría ;
en cambio nuestras almas trocaron la Quimera
por un país excelso donde el amor impera
y...

Súbito el Centauro, doliente, silencioso,
se fue sobre la arena con paso perezoso,
alejando, alejando... y entre la gris llanura
borró para los hombres su helénica figura,
mientras el viejo monje — con su báculo incierto —
con el signo de gracia borraba en el desierto
las huellas del Centauro...

A POPAYAN.

A POPAYAN.

¡Glorificate la Città feconda!

GABRIELE D'ANNUNZIO.

Ni mármoles épicos, claros de lumbre y coronas,
ni muros invictos, que prósperos hierros defiendan,
y guarden leones de tranquila postura triunfal,
ni erectas pirámides — urnas al genio propicias —
magníficamente tu fama dilatan, sonora,
con voces eternas, ¡fecunda Ciudad maternal!

¡Extática, lúgubre, las procelosas cuadrigas
tu sueño sacuden, nostálgico pozo de olvido!
Abejas de Jonia melifican del árbol en flor
que nutres, y al águila, ébria de luz y viento,
las garras febriles y el pecho tremente de luchas,
aplacan tus gélidas aguas de amargo sabor.

Tú vives del silencio... Cércante vigilantes colinas,
do el Monte puro bajo el azul destella.
Sofrenas tu río, alma viva del gesto fugaz,
y el ánfora esbelta, rica de sangre augusta,
perenne derramas, al brillo de estrellas insomnes...
¡y brotan las bélicas palmas en lírico haz!

Tú vives del pasado. Púrpura de razas soberbias
en prófugo instante volaba quemando tus hombros,
y en púberes gajos te reían las pomas de miel...
¡Levanta! ¡la túnica fulge de honor y heridas!
Acudan tus buenos, y el ostro marchito restauren,
¡y mullan tus sendas con hojas de nuevo laurel!

Y vives del futuro. Las árticas brumas del Tiempo rasgas; con ojos sabios interrogas la Noche; tus hijos epónimos magnifican el prístino azur con trémulos halos, y miras tu raza ventura feliz en la fuerza, feliz en sondar el Misterio que puso en el éter el místico Signo del Sur...

Tú vives de tus glorias. En himno sin término vuelan tu soberbia esperanza con alas de Victoria, tus bruñidos escudos, tu gladio de fosco metal. Con numeroso verbo tus triunfos el ágora enalba, y, castálida fuente, sólo por tí mormulla del héroe aquilino la pródiga voz de cristal.

Y vives de tus dones. Tu mísera gente africana por tí las manos muestra, sin hierros, a la Vida, y, en férvido ahinco, monumentos de forma sin fin erige con el bronce vivo de sus progenies que en móviles grupos, de toscas ó nobles figuras, relievan tu hazaña — ¡del uno hasta el otro confín!...

Y vives de imposibles. Al óptimo, audaz Caballero, Señor de la Mancha, de escuálida, triste figura, sepulcro le diste, bajo un roble de añosa virtud. ¡Patético hidalgo! de prez tus armas brillan: dos veces tus pares probaron al orbe su temple: en trágico golfo, tu yelmo; tu lanza, en Cuaspud.

Tú vives del martirio. Monótono arroyo de sangre afluye de tu pecho al ávido mar sin orillas... ¡Del Orto al Poniente glorifica tu sino — la cruz! Al ara fatídica llevan, cual eterno holocausto, su genio, tu Prócer: el múmero torso, Camilo; tu víctima sacra, sus púdicos lirios de luz...

Y vives del orgullo. Colérica tribu de azores tus marchas preside. Las vívoras mudas se tuercen al golpe moroso de tu cetro de insigne marfil. A tí los relámpagos ciñen radial corona; a tí las tempestades rinden sus espadas de oro; conquistas evoca tu rostro de fiero perfil.

Y vives con tu cielo, libélula errante, cogida entre las redes que urde la luz de monte a monte. — La tarde se mustia... Figuras ceñidas de tul agrúpanse pávidas... Arde implacable hoguera: el cóncavo cruzan torbellinos de nácares y oro, y el Rey degollado, mil veces purpura el Azul...

En lóbregas simas tu savia la plebe concentra como el carbón sepulto, la chispa molenaria. Tus bíblicas madres, cual espigas al beso de abril, inclínanse grávidas... ¡Fluyan eternamente, como las aguas mudas entre las selvas mudas, tus próceros gérmenes de fausto vigor juvenil!

Ni mármoles épicos, claros de lumbré y coronas, ni muros invictos, que prósperos hierros defiendan, y guarden leones de tranquila postura triunfal, ni erectas pirámides — urnas al genio propicias — magníficamente tu fama dilatan, sonora, con voces eternas, ¡fecunda Ciudad maternal!

Extática, lúgubre, las procelosas cuadrigas tu sueño sacuden, nostálgico pozo de olvido... Abejas de Jonia melifican del árbol en flor que nutres, y al águila, ebria de luz y viento, las garras febriles y el pecho tremente de luchas, aplacan tus gélidas aguas de amargo sabor.

LAS DOS CABEZAS.

(Poema.)

LAS DOS CABEZAS.

*"Omnis plaga tristitia cordis est et
omnis malitia, nequitia mulieris."*

EL ECLESIASTICO.

JUDITH Y HOLOFERNES.

(Tesis).

Blancos senos, redondos y desnudos, que al paso
de la hebrea se mueven bajo el ritmo sonoro
de las ajorcas rubias y los cintillos de oro,
vivaces como estrellas sobre la tez de raso.

Su boca, dos jacintos en indecible vaso,
da la sutil esencia de la voz. Un tesoro
de miel hincha la pulpa de sus carnes. El lloro
no dió nunca a esa faz languideces de ocaso.

Yacente sobre un lecho de sándalo, el Asirio
reposa fatigado, melancólico cirio
los objetos alarga y proyecta en la alfombra...

Y ella, mientras reposa la bélica falange
muda, impasible, sola, y escondido el alfanje,
para el trágico golpe se recata en la sombra.

* * *

Y ágil tigre que salta de tupida maleza,
se lanzó la israelita sobre el héroe dormido,
y de doble mandoble, sin robarle un gemido,
del atlético tronco desgajó la cabeza.

Como de ánforas rotas, con urgida presteza,
desbordó en oleadas el carmín encendido,
y de un lago de púrpura y de sueño y de olvido,
recogió la homicida la pujante cabeza.

En el ojo apagado, las mejillas y el cuello,
de la barba, en sortijas, al ungido cabello
y se apiñaban las sombras en siniestro derroche

sobre el lívido tajo de color de granada...
y fingía la negra cabeza destroncada
una lúbrica rosa del jardín de la Noche.

* * *

SALOMÉ Y JAOKANANN.

(*Antitesis*).

Con un aire maligno de mujer y serpiente,
cruza en rápidos giros Salomé la gitana
al compás de los crótalos. De su carne lozana
vuela equívoco aroma que satura el ambiente.

Danza todas las danzas que ha tejido el Oriente:
las que prenden hogueras en la sangre liviana
y a las plantas deshojan de la despota humana
o la flor de la vida, o a flor de la mente.

Inyectados los ojos, con la faz amarilla,
el caduco Tetrarca se lanzó de su silla
tras la hermosa, gimiendo con febril arrebató:

“Por la miel de tus besos te daré Tiberiades,”
y ella dícele: “En cambio de tus muertas ciudades,
dame a ver la cabeza del Esenio en un plato.”

* * *

Como viento que cierra con raquíptico arbusto,
en el viejo magnate la pasión se desata,
y al guiñar de los ojos, el esclavo que mata
apercibe el acero con su brazo robusto.

Y hubo grave silencio cuando el cuello del Justo,
suelto en cálido arroyo de fugaz escarlata,
ofrecieron a Antipas en el plato de plata
que él tendió a la sirena con medroso disgusto.

Una lumbre que viene de lejano infinito
da a las sienes del mártir y a su labio marchito
la blancura llorosa de cansado lucero.

Y — del mar de la muerte melancólica espuma —
la cabeza sin sangre del esenio se esfuma
en las nubes de mirra de sutil pebetero.

LA PALABRA DE DIOS.

(*Sintesis*).

Cuando vió mi poema Jonatás el Rabino
(el espíritu y carne de la bíblica ciencia),
con la risa en los labios me explicó la sentencia
que soltó la Paloma sobre el Texto divino.

Nunca pruebas, me dijo, del licor femenino,
que es licor de mandrágoras y destila demencia;
si lo bebes, al punto morirá tu conciencia,
volarán tus canciones, errarás el camino.

Y agregó: Lo que ahora vas a oír no te asombre:
la mujer es el viejo enemigo del hombre;
sus cabellos de llama son cometas de espanto.

Ella libra la tierra del amante vicioso,
y Ella calma la angustia de su sed de reposo
con el jugo que vierten las heridas del santo.

LA PARÁBOLA DEL MONTE.

(Poema.)

LA PARÁBOLA DEL MONTE.

—
XXV.

Y dijo Zaratustra :

“ En el más alto
pico de aquellos montes eterniza
su diamantino fulgurar la nieve.
Como férvida ola de basalto
emergió de la Tierra — fatigada
por la vana equidad de las llanuras —
ese monte de cima plateada
y raíces inmóviles y duras.
Fúnebremente solo, su fiereza
vió los siglos pasar, hojas caídas
del áspero laurel de su cabeza.
Ni las huracanadas sacudidas
del frío Septentrión, ni la demente
voz de la tempestad, ni sus filosas
dagas, robaron al adusto pico
l'actitud impasible de su frente.
Y la montaña se levanta loca
ante la inmensidad, y cuando irisa
la lumbre matinal su nívea toca,
parece que vagara una sonrisa
sobre la faz de la vetusta roca.

Hasta el ápice frío de la altura
no ha trepado mi pueblo todavía
— pedestal en que el Hombre se infutura —
ni las plantas de humana criatura
lo habrán de hollar hasta remoto día.

Sólo un ciervo las pérfidas barrancas
ágil vence; la piedra desprendida
al ímpetu triunfante de sus ancas
huye, al chocar de la pezuña hendida,
por el desfiladero sin salida.

Ya en la cima, su vasta cornamenta
las ramas abre como vieja encina
a quien robó las hojas la tormenta,
y el macho joven y soberbio empina
su bosque bajo el Austro que revienta.

Ráfagas silbadoras
le peinan, al pasar, la piel hirsuta,
y las rojas ventanas sopladoras
de su nariz, en agitada y bruta
palpitación, husmean las sonoras
profundidades del abismo torvo.

Y la nariz s'enfría y asemeja
un pedazo de nieve, con el viento.
¡ Oh Cima, oh Libertad, oh Pensamiento ! ”
Y dijo Zaratustra: “ Cuando llegue
la hora del amor para mi raza,
enviaré mis robustos labradores
a desprender la indómita coraza
d'ese Monte — mi Monte — y en la plaza
de mi libre Ciudad,
Conquistadores del Ideal,
las muchedumbres fatuas
oirán por qué las piedras de aquel Monte
elegí para alzar vuestras estatuas.” ...

FUTURO.

FUTURO.

(Tema de ANATOLE FRANCE.)

Cuando, para la bóveda sombría,
el sol, en el final de la carrera,
niegue su luz en moribundo día,

y sobre el haz de la caduca esfera
agite los cansados resplandores
cual una encanecida cabellera ;

cuando desde los árboles sin flores,
descolorado el vívido plumaje,
caigan los ateridos trovadores,

y en el seno de bosques sin follaje
no celebren las músicas del río
el rojo idilio del amor salvaje :

las últimas parejas, con bravío
dolor y melancólica mirada
cabe la hoguera temblarán de frío,

y desde la colina desolada
el pino sólo moverá la copa
a los besos del Abrego erizada.

Mudos, enormes, cual nevada tropa
de fantasmas, los tímpanos errantes
sobre los lagos donde duerma Europa,

como bárbara tribu de gigantes
sepultarán el profanado suelo
de mil ciudades que bulleron antes,

donde, como luciérnagas del cielo,
ilusiones de amor y de ventura
iluminaron noches de desvelo...

Vástagos de la imbécil criatura
y el loco Adán, a la marchita sombra
esquivando su lánguida figura,

de las nieves y el liquen por la alfombra
divagarán los últimos humanos
a quien el ceño del pesar no asombra,

y, como los postreros veteranos
de acuchillado ejército, la vida
defenderán con sus vellosas manos;

o en el centro de lóbrega guarida,
envueltos en las pieles crujidoras,
recogerán el alma embrutecida.

Los ecos de las auras gemidoras
arrullarán a sus hambrientos hijos
en las gélidas noches sin auroras,

y al través de los yertos escondrijos
sus hispidas mujeres con pavora
en la cúpula gris los ojos fijos,

contemplarán por la silente altura
estrellas blancas en mitad del día
y un fatídico sol que no fulgura,

mientras la formidable gritería
de los peludos osos bramadores
llena la sorda inmensidad vacía...

Pasarán los postreros moradores,
de las grutas sin arte, sin conciencia,
nutridos con el pan de los dolores,

sin saber nuestra fe ni nuestra ciencia,
y obscurecido bajo el cráneo hirsuto
un trémulo fulgor de inteligencia,

por solo anhelo dominar el bruto
y recoger sobre la tierra ingrata
insípida raíz o amargo fruto.

Un sér enfermo, de cabeza chata
con un bosque de pelos por abrigo,
y ojos donde la bestia se delata,

clavadas en el éter enemigo
las pupilas que buscan el Oriente,
sin odio, sin amor y sin testigo

reclinará la sudorosa frente
sobre la tierra, y se hundirá callado
en el fúnebre golfo sin corriente.

Al soplo de huracán desenfrenado,
la Tierra por el piélago infinito
irá como un espectro ensangrentado.

En muerta paz y con ahogado grito
no evocarán los tristes animales
de nuestra raza el pálido Delito...

Mientras duermen las obras inmortales
de Homero y Fidias, de Marón y Horacio
bajo los amarillos arenales,

— escombros de quimérico palacio,
como una ave perdida en el desierto,
el mundo rodará por el espacio,
¡ ennegrecido y olvidado y muerto

VERSIONES.
